

HERALDICA RENTERIANA

Lo que dicen los documentos, los libros y los reyes de armas

por Fausto AROCENA

Entre los documentos que figuran en el Archivo Municipal de Rentería hay uno que llama la atención por diversas circunstancias: una de ellas, conocida ya —¡no faltaba más!— por la casi totalidad de los renterianos, consiste en que los actores que en él realizan sus funciones son simples comandatarios de la diócesis de Bayona a la que todavía seguía perteneciendo (el documento es de 1512) la villa de Rentería; otra, es la presencia entre esos comandatarios de don Rodrigo Mercado de Zuazola, fundador de la Universidad de Oñate, y que era entonces Tesorero de la iglesia de Pamplona; otra, que la ceremonia que se celebraba era la toma de posesión de la jurisdicción eclesiástica de Rentería, hasta entonces iglesia *vicarial*, tomándose este apelativo con el carácter subalterno que lleva entrañado el prefijo *vice* que encabeza la palabra, con la particularidad de que, aun después de la segregación civil y administrativa, tenían los renterianos que ir a ofrendar en el día de San Esteban a la parroquia de Oyarzun y suspender los oficios en su iglesia propia; otra, la descripción en lengua latina de los actos posesorios realizados por el Vicario Maiñariacelay (apertura y cierre de puertas de iglesia y sagraio dentro del templo; recorrido, uno por uno, de todos los habitáculos de que constaba la feligresía, conculcando los prados y quebrando las ramas de los árboles y recibiendo ofrendas que variaban según la potencia económica de los oferentes, etc.).

He llamado con mucho desplacer habitáculos a las viviendas para no desentrañar antes de tiempo la más rara de las circunstancias que se observan en la descripción. Porque se da el caso de que los tales habitáculos reciben discriminadamente tres designaciones que responden a jerarquías bien delimitadas. A algunas de esas viviendas se les llama *casales*, a otras *casas* (*domus*) y a otras simplemente *bordas*.

En cuanto a casas o bordas, se trata de denominaciones vivientes en el día. *Casal* vive también, pero lejos de aquí. Como de todos modos lleva consigo un signo distinto, hay que investigar lo que en nuestro caso podría significar, y nos encontramos con que la acepción más congruente que nos ofrece Corominas es la de «casa solariega». Si eso se interpreta rígidamente, las simples casas y las bordas, claro está que con más razón estas últimas, no se estimaban como solariegas. Pero esto choca con nuestro concepto de hidalguía general, aunque se puedan aportar algunas excepciones a esa generalidad en tiempos más



remotos que los de la fecha de nuestro documento.

¿Se referirán los *casales* que recorrió Maiñariacelay a casas armeras, según interpretación de Isasti que tanto sabía de Parientes Mayores, casas armeras y casas solariegas, para quien esas casas son las que *por su mucha antigüedad o por sus valerosos dueños que hicieran alguna hazaña, merecieron las insignias, blasón y escudo de armas?*

Puede que sea así; pero tendremos que deducir entonces que en 1512, las casas armeras de Rentería eran las de Lecumberri, Iparraguirre, Olazabal, Ayñabitarte, Zurbarain, Arranomendi e Ygueldo.

Demos un salto a 1625 y veremos que Isasti sólo atribuye a Rentería dos casas armeras: la de Pontica y la de Arranomendi. De donde resulta que, en vez de proliferar los escudos, que es lo que siempre ha venido ocurriendo, se han ido reduciendo aquí hasta quedar solamente una de las citadas en el documento de 1512, la de Arranomendi, ya que la de Pontica figura en el texto de Isasti simplemente como casa solariega entre las doce de ese género que reseña.

Sigamos luego con Guerra en 1927 y veremos que describe los escudos de Arrambide, Arranomendi, Echeberría, Echebeste, Igueldo o Igueldo, Illarramendi, Irizar y Uranzuy. Aquí el proceso ha sido perfectamente lógico. Las casas armeras, puesto que son poseedoras de escudos, han proliferado otra vez. Las únicas casas comunes con las enunciadas en el manuscrito latino y en Isasti son las de Igueldo y Arranomendi.

Lleguemos, finalmente, hasta Otegui, el mago realizador de esta revista, que da la representación gráfica de unos cuantos escudos que todavía se siguen ostentando. Los que ha identificado son los de Rentería, Iturria, Zubiaurre, Echeverría-Tellería, quedando otros indeterminados. ¿Quiere esto decir, puesto que resulta evidente, que han disminuído los blasones en relación con los que cita Guerra? Nada de eso. Se han derribado muchas casas en nuestros últimos tiempos y los demolidores no se han cuidado de conservar las viejas armas, aparte de que, como en heráldica todo o casi todo es *convencional*, los *convencionales* franceses, según cuentan aunque ninguna obligación haya de crearlo, picaron muchos escudos y aun los mismos propietarios se apresuraron a dejarlos como tabla rasa antes de que los temibles enemigos de la nobleza invadiesen sus términos. La verdad es que yo pongo muy en cuarentena que esto haya ocurrido, como no sea en muy contados casos, y creo que el supuesto falso ha servido para lamentar la inexistencia de

escudo que nunca existió. Por lo demás, las fuentes de Juan Carlos de Guerra, si se fundamentan muchas veces en la inspección directa de los blasones vivientes, las más de las veces se documentan en testimonios escritos de genealogistas y reyes de armas.

Otegui, que realizó su labor dentro de un tímido anonimato, se me ha confesado incurso en alguna inexactitud. Que no pase por ello ninguna pena ese buen amigo, porque si la ciencia genealógica es en cierto modo solvente, tengo que añadir que resulta escasamente documentada, ya que en general la formación de líneas genealógicas se contrae a tres generaciones, por donde uno que hubiese litigado su hidalguía en 1800 sólo aduciría pruebas que alcanzasen a lo sumo hasta 1710, lo que no le impediría hacer constar con toda decisión que su apellido recibió su designación de una de las casas pobladoras de Guipúzcoa. Y eso que (siempre en términos generales) muchas de las pruebas de ingreso en órdenes militares no remontaban mucho más en sus investigaciones. Claro es que en unas y otras, hay líneas que con-

ducen directamente hasta los *primates* (exclúyase el sentido zoológico) de la humanidad; pero debemos tener muy en cuenta a nuestro honrado genealogista Guerra cuando dice que «son por punto general falsas todas las menciones individuales de personas que asistieron a las batallas del Salado, las Navas y Clavijo, a las tomas de Baeza, Córdoba y Sevilla y a cualquiera otra empresa de la reconquista».

De modo que no sienta escrúpulos Otegui. Lo que hizo, lo hizo bien y además ilustró gráficamente la revista con ese motivo tan ornamental como es el heráldico a través de un escudo bien labrado.

Considere además que los reyes de armas, es decir, los más autorizados heraldistas, fueron los que estamparon con toda seriedad que Idiaquez quiere decir *bueyes, no*; Zaldibia, *dos caballos* y Mariategui, *Maria te guie*.

¡Ah! Otra cosa. Gamón, que tanto alardeaba de su pro-sapia y de su conjunción con un consejero de rey francés, descendería, según el manuscrito latino de 1512, de una humilde *borda*.

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA

La tarde de otoño va deslizándose mansa y dulce bajo un cielo de estaño. Tarde de domingo, hueca de silencios urbanos. El humo de un cigarrillo parece sostener en vilo el peso ingravido de una conversación, tras la merienda. Acaban de levantarse los manteles de la mesa. A uno de los contertulios, al plegar la servilleta, se le ha escurrido al suelo un relieve de pan. La mano que lo ha recogido se lo ha llevado a los labios para imprimir en su corteza un beso y, entonces, el pensamiento se ha puesto a divagar.

Al mendrugillo de pan lo he visto, mentalmente, convertido en espiga. Ya por la Pascua de Flores los trigales andarían hermosos, en la tierna entrega de la gleba al sol, tras de las lluvias de marzo. Ahora mismo, en esta tarde de otoño en que el hombre descansa, la tierra no descansa. El grano oculto, entre el mantillo, trabaja con sus raíces y su tallo. Aún tendrá que esperar unos meses a que de la hojilla verde, que apenas apunta en el surco, vaya surgiendo la espiga como una minúscula aguja gótica en las manos de Dios. ¿Dónde nacieron los granos con los que se amasó este trozo de pan que ahora se ha caído? ¿Por qué se lo han llevado a los labios las piadosas manos que lo recogieron?

Este pan es blanco y apretado. Yo no sé si pudiera ser más blanco. Pero las bocas que lo han comido, lo han tomado en paz. Y esto es ya mucho para que resulte sabroso. Lo han tomado en paz interior y exterior, íntima y lejana. Y esa paz de fuera se equilibra amorosa con la de dentro en esta dulzura hogareña y familiar. La tarde, por lo demás, no convida a otra cosa.

Es perdonable entonces echarse a imaginar la delicia utópica de un mundo sin luchas, sin rencores, misericordioso y fuerte a la vez. Un mundo de pueblos hermanados, más que de Gobiernos unidos. Porque la unión de los Gobiernos, ya se sabe, ha de rozar siempre los límites de la conveniencia pragmática, cuando no del egoísmo descarado. Así se ponen luego las cosas, entre un pestilente vocear de fronteras con los tomas y dacas de protestas y censuras, de repre-

salias y de vetos. ¡Señor, Señor! y ¿dónde queda la poesía, la belleza, la bondad de la vida?

El trigo nace sin saber a qué boca irá, como el sol, que nace para todos. Pero el bien en las manos del hombre no acierta a multiplicarse, a repetirse. Este periódico que yace aquí, extendido sobre la mesa, lo corrobora cada día. Es como un barómetro de presiones suicidas en las que el mundo se debate. Cada día trae su desilusión antes que su afán. Pero alguien ha besado el pan que se cayó. Pan entrañable y bendito que nos enseñaría, si supiéramos aprender, la medida bienhechora de su propio sacrificio.

Pienso que este trozo de pan hubo de sacrificarse un día segado, trillado, pulverizado en su propio sacrificio, y es que el trigo muere para perpetuarse en las espigas de cada primavera. Porque aquí triunfa la primavera, se renueva gozosamente a pesar de los vendavales helados, esteparios, malditos que soplan sobre el mundo.

Pudiéramos ser más ricos, ya lo creo, pudiéramos apetecer más, poseer más... Pero no seríamos más. Al masticar nuestro pan, sabemos que es nuestro pan, el pan nuestro de cada día, ganado con el sudor de cada día, con la paz de cada día, que es el espejo resentido de las gentes ajenas. Lo demás importa menos, que es lo que a ellos les importa más. Cuando nosotros hemos acertado a ser dignos, nada importa que los demás no nos lo reconozcan. Vale más, que duda cabe, tener las puertas cerradas, que no vivir al raso de las apetencias ajenas.

Por esto, y por otras muchas cosas más, en esta tarde de otoño, dulce y mansa bajo un cielo de estaño, en el descanso de la ciudad dominguera, ha podido ocurrir una cosa tan sencilla: que se caiga al suelo un trozo de pan y que alguien lo bese al recogerlo. Beso de paz, de encantadora paz y amor hacia algo entrañable que nos pertenece. Porque ese pan, caído y besado, podrá ser blanco o negro, tierno o áspero, pero es el pan nuestro de cada día. Para comer y para orar.

S.